

# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## HISTÓRICO



- Sírvasse el alumno decirnos qué es un termómetro.  
—Pues... un tubo con... con un agujero.  
—¡Hombre!  
—¡No, no! Con dos agujeros.  
—¿Con dos?  
—Digo, con tres... con tres agujeros.  
—Vamos, lo que usted quiere decir es una flauta.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Efectos de la distancia, por Angel R. Chaves.—Los amorcillos, por José Estremera.—A la Sociedad de padres, por Juan Pérez Zúñiga.—Contrastes, por Francisco Flores García.—Impaciencia, por José Jackson Veyan.—Al montón, por Sinesio Delgado.—Contrato, por J. Rodao.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Histórico.—Los padres de familia.—Anuncios, por Cilla.



Ha dicho la prensa más de una vez que el Sr. Gobernador de Madrid había acabado con la mendicidad.

—Sí, sí; buenas y gordas. El gobernador podrá haber dado las órdenes, pero los mendigos continúan acometiendo al transeunte, y la capital de España se ha convertido en una nueva corte de los milagros.

El que quiera saber lo que es canela, que se vaya a sentar á un aguaduchó del Prado.

—Señorito, una limosna para esta viuda *desamparada*.

—Dios la socorra, hermana.

—Que no he comido.

—Vaya, tome usted.

—Dios se lo pague.

—¿Da usted una limosna á un pobre jornalero que no tiene trabajo?

—Dios le socorra.

—¡Dios, Dios!... ¡Maldita sea mi suerte!

—Tenga usted paciencia.

—Téngala usted, que á mí no me da la gana.

—Pues haga usted lo que guste.

—¡Valiente caridad tienen *ustedes*! ¡Recontra! ¡Ojalá que lo gasten *ustedes* en botica!...

—Señorito, socorra usted á esta *probe* enferma que salgo del *hospital* y tengo á mí *marido* con la tos ferina.

—¿Me da usted una limosna á qué?

—No, señor.

—Pues haberlo dicho. Ven *ustedes* á un hombre aquí *parao* y no son *pa* decirle *na*. La culpa la tiene quien pide limosna á ciertas *personas*.

—Vaya usted con Dios, descarado.

—Son *ustedes* más *méndigos* que uno.

Y en menos de media hora desfilan por delante de los aguaduchos dos ó tres docenas de pobres, más ó menos legítimos. Cojos capaces de disputar un premio al mejor andarín del mundo, ciegos que ven crecer las uñas, mancos que dan bofetadas y vindas que se multiplican cada nueve meses.

Nuestro gobernador, con un celo digno de loa, crea asilos para la mendicidad y organiza *hermeses* benéficas; pero sus esfuerzos resultan inútiles. Los mendigos aumentan de día en día y ya pide todo el mundo. Hay quien solicita una limosna alargando una flamante chistera con iniciales en el forro; viste con cierta elegancia y fuma puro en boquilla de ámbar. Á las señoras las saluda en los siguientes términos:

—Á los pies de usted. ¿Podrá usted darme una limosna?... Gracias. Tiene usted unos ojos encantradores.

Á los caballeros:

—Beso á usted la mano. ¿Me da usted una limosna? La agra, dezco mucho. ¿Qué situación más difícil nos han creado los hombres políticos! La crisis nos envuelve á todos.

Y usted se va diciendo:

—Yo conozco á este hombre. ¿Dónde le visto yo esta cara?... ¡Ah, sí! Éste es uno que iba á la tertulia de las de Martínez y estaba en relaciones con una chata.

La policía ha averiguado que la mayor parte de los mendigos son unos viejos. Unos piden con el solo propósito de poder emborracharse y otros por puro recreo. Hay alguno que tiene lo necesario para vivir y estuvo dos veces en candidatura para diputado provincial.

Cierta pobre que pedía limosna á la puerta de San Millán, resultó casada en segundas nupcias con un Brigadier y daba *soirées* todos los domingos, según informes de la policía.

Un manco que anda por las calles tocando la pandereta, en compañía de un perro, una mona y una chiquilla, viene á ser sobrino de una vizcondesa y tiene casa de préstamos en la calle del Alamillo. Además está en amores con una contralto italiana. Y por último, cierto mendigo que se pasea en carro, exhibiendo una pierna oscura que más que pierna parece un salchichón, ha resultado ser caballero de Isabel la Católica, libre de gastos, y persona fina, con piano propio.

En la calle del Príncipe pide limosna una señorita huérfana que tiene en casa una cotorra por la que le han ofrecido catorce duros y no la quiere dar.

En fin, hay una porción de mendigos apócrifos que se ganan la vida perfectamente y están relacionados con personajes de verdadera influencia política. Al ser detenido noches pasadas cierto cojo, que pide con acento melodramático en una esquina, se revolvió contra los agentes de la autoridad diciéndoles:

—¡Eh, cuidadito conmigo!

—Á la prevención.

—¿Cómo? ¿Á la prevención un hombre que va á ingresar uno de estos días en la Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales? ¿Creen ustedes que soy un enalquiera? En cuanto vea á Sagasta se lo digo. ¡No faltaba más!

Los de la policía le condujeron al gobierno civil, á pesar de sus protestas, y allí le fueron ocupados diferentes objetos que revelaban la distinguida posición del cojo: una petaca de piel de Rusia, un peine de concha para el bigote, dos pares de guantes, uno oscuro y otro claro, y un paquete de caramelos de la Mahonesa. En el bolsillo interior del gabán llevaba un billete perfumado que decía así:

\*Amigo mío: El jueves pienso reunir en mi casa á algunos de mis íntimos. Vendrá también la de Campeche, una de sus víctimas. ¿Le reservo á usted un sitio en la mesa? Ya sabe usted que me hace mucha falta para dirigir el cotillón. Hasta el jueves. Suya cariñosa amiga, *Laura del Peral*.\*

El cojo resultó ser uno de las figuras más salientes de la buena sociedad y uno de los hombres que usan mejor ropa blanca. Sólo los calzoncillos le cuestan cinco duros, unos con otros.

Urge acabar con los pobres de oficio que asaltan al transeunte y no dejan vivir á nadie. Está averiguado que en su mayoría no son pobres, ni Cristo que lo fundó.

Si la autoridad no toma medidas energéticas, llegará día en que no podamos salir á la calle, porque hay pobres que piden esgrimiendo el puño ó alzando el garrote.

—¿Da usted una limosna? ¿No?

—No llevo suelto.

—Á usted sí que le voy yo á soltar media docena de paños, so tío moral.

—¡Socorro!

Acude un guardia.

—¿Qué es eso?—pregunta.

—Este pobre que me ha querido pegar.

—Dése usted preso—dice el guardia.

—¿Quién, yo?—replica el pobre.

Y presenta á la autoridad su tarjeta, que dice así:

*El Conde del Mendugo,*

*Señor por derecho propio.*

*¡Valgame Dios! ním.!*

(Prohibida la reproducción.)

LUIS TABOADA.

## EFECTOS DE LA DISTANCIA

Librándose de la lluvia  
en el quicio de una puerta  
que sirve de ingreso al patio  
del Corral de la Pacheca,  
dos hidalgos que en su porte  
pocas holguras revelan,  
y en cuyos rostros el hambre  
dejó marcadas sus huellas,  
con voz que hacen rabia y frío  
áspera y temblona á medias,  
cierta mañana de Octubre  
en esta guisa conversan:

—Pardíobre, seor Carrasco,  
que tal nuestro oficio medra  
que no sé cómo ya hay nadie  
que á comediante se meta.  
—Decid por mi santiguada  
más bien que emplumar debieran  
al autor de compañía  
que en estos negocios entra.  
¿Sabéis lo que recaudamos  
ayer tarde?

—Por mi cuenta  
á quince reales de á ocho  
de seguro que no llega.  
—Aún exageráis en algo,  
que á más que estaban desiertas  
con degolladero y gradas  
barandillas y cazuela,  
lo que visteis en los bancos  
no eran gentes.

—¿Pues qué eran?  
—Gorrones que, con la capa  
de ingenios y de poetas,  
dan rabiando el cuarto al fraile,  
y cuando á chifos no atracan,  
hablando pestes se marchan  
de lo que nada les cuesta.  
—En cambio los aposentos...  
—Uno tan sólo que arriendan  
unos pretéritos lindos  
todas las tardes se llena.  
Mas nunca os dirá ninguno  
lo que pasa en la comedia,  
que en hablar de sus conquistas  
consumen la tarde entera,  
y si vienen, es tan sólo  
por que los incautos crean  
que no hay aquí comediantes  
que no estén en sus redes presas.

—¿Es decir?...  
—Que ya no hay nadie  
á quien siquiera entretegan  
los conceptos más sutiles

de la relación más bella.  
En cambio, si ya no escuchan  
silvas, romances ni endechas,  
y en el paso de más gusto  
es posible que se duerman.  
los veréis hacerse rajas  
si una descocada hembra  
del *Turdión* ó la *Chacana*  
marca bien las torpes muecas.  
—¿Y eso en qué consiste?

—En nada  
y en todo. En que degenera  
el que fué glorioso oficio  
de hacer y escribir comedias;  
en que hoy sois los comediantes  
titiriteros de feria,  
y los más claros ingenios  
en mercaderes se truecan.  
En que aquel que fué senado  
docto en cualquiera materia,  
es hoy vulgo que en lo necio  
y vil su solaz encuentra.  
Y en fin, en que si las cosas  
no toman por otra senda,  
pronto lo que fué teatro  
será burlal ó taberna.

## II

Del diálogo aquí transcrito  
no puedo dar con la fecha;  
pero sé que fué en los años  
en que pisaban la escena  
Morales, Prado, el Bahonero,  
Juan Rana, Bexón Heredia,  
Jusepa Vaca, Amarilis,  
las dos Flores, la Velera.  
Y en que, mientras que las glorias  
aún se mantenían frescas  
del sin igual Gabriel Téllez,  
del sin par Lope de Vega,  
Calderón, Moreto y Rojas  
con fecunda y fácil vena  
de sus genios sin segundo  
deban las mejores muestras.  
Ahora bien, si en esos días  
se hablaba de decadencias  
y sólo se recordaban  
del arte glorias pretéritas,  
¿seremos fe á los que dicen  
en estas edades nuestras  
de lo que vemos horrores,  
de lo que pasó linderas?  
No, por Dios; es preferible  
que por axioma se tenga  
que hasta lo bueno á las veces  
nos parece mal de cerca.

ÁNGEL R. CHAVES.

## LOS AMORCILLOS

Julia, Irene, Filena, Inés, Dolores  
y otras cien de igual cara y de igual talie,  
hartas de galanteos y de amores,  
pusieron á los suyos en la calle.  
Daba lástima ver cien chiquitines  
sin casa, sin hogar y sin apoyo,  
arrojados en medio del arroyo  
como restos de espléndidos festines.  
—¿Qué hacemos, compañeros?  
dijo, haciendo pucheros,  
uno de los mayores.—  
Las mujeres desdeñan los amores  
cuando, como nosotros, van en cueros.—  
Viendo en tal opinión estar conforme  
el gárrulo concurso de los chicos,  
otro nene exclamó:—¿Si sin ser ricos  
gastáramos, al menos, uniforme!...  
A toda chica se le van los ojos  
con miradas amantes  
tras el casco de plumas ondulantes  
ó la guerrera azul con vivos rojos.—  
Otro dijo:—No hay alma á amor despierta:  
una nos trata mal, otra con tedio...  
No nos puede quedar otro remedio  
que ir mendigando el pan de puerta en puerta.—  
Ya decididos á pasar trabajos,  
tristes y cabizbajos,  
en busca de un amante  
marcharon en montón calle adelante.

Pasaron por delante de un convento  
y al mirarlos las madres, al momento,  
con muchos aspavientos y mohines  
exclamaron:—¡Ay, pobres chiquitines!  
¡Quién les pudiera dar alojamiento!—  
Que las mujeres enterradas vivas  
son por obligación caritativas.  
Yo me hallé á los chiquillos y les dije:  
—Si estar discapados os aflige,  
podéis ir al hogar de Rosa bella.—  
—Somos muchos—me dijo un pequeñuelo.—  
Yo contesté:—No importa; sin recelo  
id, que todos cabéis donde está ella.

JOSÉ ESTREMERÁ.

## Á LA SOCIEDAD DE PADRES

## DENUNCIA IMPORTANTÍSIMA

¡Oh padres que con celo  
formáis en esta villa  
la *Sociedad famosa*  
de *padres de familia!*  
Sabed, señores míos,  
que vivo en una finca  
que es uno de los antros  
en donde el vicio anida.  
¡Qué de inmoralidades  
se ofrecen á mi vista!  
¡Dios santo, qué vecinos!  
¡Dios mío, qué vecinas!  
Aun cuando vuestros ojos  
hoy con afán se fijan  
en cómo mueve el vientre  
la célebre *Chiquita*,  
también la moral sana  
de fijo ganaría  
con que quitarais algo  
del fango de mi finca.  
La joven Rosa Pérez  
el entresuelo habita,  
y la señora hermana  
de su papá la cuida.  
¡Habrás visto infame!  
¡Vivir con una tía!  
¡Qué me decís á esto,  
oh padres de familia!  
En el tercero tiene  
don Blas una gatita  
que cuando Enero llega  
da lástima el oírlo.  
Nos hace que pensemos...  
y nos desmoraliza.  
¿No es esto abominable,  
oh padres de familia?  
El cuarto está ocupado  
por una pensionista  
que tiene una cotorra  
de lengua viperina  
que dice: «caracoles,  
«cogollos» y «carambita.»

¿Se puede sufrir esto,  
oh padres de familia?  
Del principal izquierda  
figura en la capilla  
San Sebastián en cueros,  
imagen muy bonita.  
Le rezan los amigos,  
le adoran las amigas  
y sin reparo alguno  
le ven de abajo arriba.  
¿No hay quien le ponga un fraque  
y un par de zapatillas?  
¿Qué obscenas desnudeces,  
oh padres de familia!  
Pilar la peinadora,  
que vive en la guardilla,  
en cuanto llega Junio  
se acuesta sin camisa.  
Se excusa con que vive  
donde el calor asfixia.  
¿Pero esto es decoroso,  
oh padres de familia?  
Por último, á mi lado  
una señora habita  
que, aunque parece un ángel  
así á primera vista,  
la he sorprendido anoche  
cenando criadillas.  
¿Creéis que esto es decente,  
oh padres de familia?  
Yo acudo ante vosotros  
con la moral por guía,  
á ver si mis vecinos  
al fin se purifican.  
Venid y vamos todos  
con chismes y pamplinas  
ante los encargados  
de administrar justicia,  
y Dios, cuando os escuche,  
dirá desde allá arriba:  
«¡Caramba, lo que os debo,  
oh padres de familia!»

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

## CONTRASTES

A todas horas oirá usted decir, lector amigo, que los tiempos  
están malos, que la industria perece, que el comercio agoniza, que  
la agricultura está perdida, y que, como consecuencia de todo *ese*,  
no hay un cuarto.

De esto último pueden dar fe muchísimas personas. No hay di-  
nero, efectivamente, ni se sabe dónde anda.

Así lo asegura la generalidad, pero...  
Pero llega, por ejemplo, la despedida de *Layartijo* (que bien pudo  
despedirse por tarjetas) y se venden los palcos á cuatro mil reales,  
las delanteras de grada á doce ó catorce duros, los tendidos á veinte  
y veinticinco pesetas, y así, sucesivamente, el resto de las localida-  
des... y se llena la plaza de bote en bote.

Si no hay un cuarto, ¿de dónde sale ese dinero?  
Tendiendo una mirada sobre los catorce mil espectadores que  
llenan la plaza, no hay más remedio que decir:

—Este es un país rico, riquísimo y feliz; estamos en el mejor de  
los mundos posibles.  
Y así hay derecho á pensarlo y á decirlo.

Se anuncia un partido de pelota (á cesta) en *Jai-Alai* ó en *Fiesta Alegre*, con pelotaris de primera, y también se llenan los frontones  
con la mayor facilidad; y cuenta que en *Fiesta Alegre* caben seis  
mil personas.

# LOS PADRES DE FAMILIA



—¿Querrá usted creer, don Epifanio, que ni en los días de lluvia fuerte veo yo una pantorrilla siquiera?  
—¿Para dar ejemplo?  
—No señor, no; que no la veo aunque me desoje.



—Y qué, ¿se decide al fin tu marido á entrar en la Asociación de padres de familia?  
—Hija, no sé; yo le estoy animando constantemente, pero él tiene tan poca disposición para esas cosas...



—¡Caballero! ¡es una inmoralidad ir enseñando las carnes de esa manera!  
—¿Qué! ¿estoy incitante?



—Conque ¿cuándo se anima usted á entrar en la Asociación?  
—Pues... un día de éstos.



—¿Le parece á usted que éstas son horas de vestir? ¿Dónde ha estado usted?  
—Perdón, papá; haciendo gestiones para entrar en la sociedad de padres de familia.



—Pero ¿de veras será pecado ver pantorrillas? Pues entonces, ¿en qué se va á entretener uno?



—Después de todo, como lo que hay que evitar es que le escandalice la mujer propia, con dejarla en casa está uno al cabo de la calle, y no se falta á los buenos principios.

En este espectáculo, como en todos, los revendedores *saquean* al público.

La existencia del revendedor, en artículos de puro lujo, bastaría para demostrar la prosperidad y la riqueza de un país.

En los frontones es donde menos puede admitirse eso de que los tiempos están malos, que perecen el comercio, la industria y la agricultura y que no hay un cuarto...

Lo que hay son fajos de billetes en cantidades fabulosas y, con frecuencia, en manos de *personajes inverosímiles*...

El dinero que *se atraviesa* por los colorados, los blancos y los azules, y viceversa, es más para visto que para *contado*.

Hay quien toma dos veces el *nomio*, se *tapa* otras dos—á pesar del calor sofocante de estos días,—*se cubre* á la menor *oscilación* y sale, por último, perdiendo un capital.

\* \*

Hay estreno en un teatro *por horas* (Apolo, por ejemplo); las butacas, que valen á tres reales, se venden á doce, diez y seis ó veinte y el teatro se llena hasta los *topes*, sin saber el público de antemano si la obra que va á ver es buena ó es mala. Por eso, sin duda, cuando ocurre esto último, arma esas *brancas* fenomenales que tanto desdicen de su cultura.

El que ha pagado doce, diez y seis ó veinte reales por un *acto*, todo le sabe á poco y todo le parece mal, así el trabajo del escritor y del músico; como la labor de los actores.

¿Por qué paga el público esas cantidades *increíbles*, sin que nadie le fuerce á ello y pudiendo *pasarse* perfectamente sin hacer gastos tan dispendiosos?

Porque puede: esto no tiene vuelta de hoja.

\* \*

Las corridas de beneficencia, aquellas otras en que el arrojo y la torpeza de un *fiestro* dejan entrever la *esperanza* de una cornada, las funciones á beneficio de los actores célebres, las inauguraciones, los estrenos, los días de moda, los partidos de *sensación* y otras análogas *solemidades*, tienen siempre un público numerosísimo que paga las localidades á doble precio, cuando menos.

Agregue usted á todo *esto* el lujo (verdaderamente escandaloso) que se exhibe en muchos de esos espectáculos, principalmente en las corridas de *importancia*, en los primeros turnos del Real y en los días de moda de los demás teatros.

Sume usted ese lujo á los fajos de billetes de los frontones, y dígame luego, con la mano en la conciencia ó en otra cualquier parte, si debemos hacer caso á esos *agoreros* que hablan de los malos tiempos, del malestar general y de la *carencia de cuartos*...

\* \*

Pero antes de resolver ese problema hay que volver la oración por pasiva.

A la puerta de los teatros, de la plaza de toros, de los frontones; en las calles, en las plazas, en los paseos y hasta en las afueras de Madrid, por todas partes y á todas horas, hallará el transeunte *señales* evidentes y ostensibles de la más espantosa miseria.

Parece como que la sociedad madrileña es una medalla con el *averso* de oro finísimo y piedras preciosas y el reverso de hierro viejo, sucio y cubierto de polvo y de orín...

El desequilibrio es patente.

El contraste no puede ser más doloroso.

\* \*

Habrán ustedes observado que desde que el gobernador civil se ha dado á proteger á los pobres aumenta la mendicidad por modo alarmante.

Una nube de mendigos acosa al pacífico transeunte en todo lugar, ocasión y momento, con tenacidad muchas veces rayana del insulto.

Eso de que con el aumento de la caridad aumente la mendicidad parece un *contrasentido*. El hecho tiene, sin embargo, racional y lógica explicación.

Siempre que la *caridad oficial* rebasa los límites de la prudencia, envilece y degrada á los pueblos, fomentando la vagancia y alimentando la holgazanería.

La tienda-asilo, el asilo para dormir, las suscripciones oficiales á favor de los pobres... y otras *medidas* tomadas por el gobernador han venido á sustituir *dignamente* la antigua sopa de los conventos...

De donde resulta que ya parece ésta una sociedad de príncipes y mendigos.

Si los filántropos oficiales se han propuesto crear esa división y realizar ese contraste, vive Dios que lo han conseguido.

El contraste está vivo.

Vivo... y coleando; porque eso puede traer coña.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

## IMPACIENCIA

Me dijo que á las diez, y son las nueve:  
insensible el reloj, no me hace caso.  
¡La péndola no sale de su paso,  
y ese *gandul horario* no se mueve!  
¡Falta esa hora!... ¡Un siglo de agonía!  
¡Del tiempo y su pereza desespéro!...

Ya ha corrido un espacio el minuterero:

¡cincuenta y nueve faltan todavía!

¿Que el reloj mide el tiempo?... ¡Qué locura!

Los instantes de amor apetecidos  
los mide el corazón con sus latidos  
á gusto del dolor ó la ventura.

De las horas la marcha nos avisa  
y reduce ó alarga el breve espacio:  
cuando se lloran penas, ¡qué despacio!  
cuando se cuentan besos, ¡qué deprisa!

Me dijo que vendría, y no me engaña.  
Antes de darme el sí, bien lo ha pensado.  
El marido es un hombre confiado:  
como marido, lo mejor de España.

«Voy á misa, dirá mi bella Luisa.  
Hay que cumplir, esposo, altos deberes.»  
Cuando van de amoríos las mujeres,  
¡siempre suelen decir que van á misa!

Cartas de amor esconden con frecuencia  
entre las hojas del devocionario;  
y es que buscan á Dios de intermediario...  
¡Qué insulto á la Divina Providencia!

Corrió un espacio más el minuterero...  
Sonó la campanilla, y no es la hora...  
¡Carta suya!... ¡No viene la traidoral!...  
¡No te canses, reloj, que ya no espero!

«Pepe mío...» ¡Yo soy sin ser mía!  
«Hoy viene á misa mi querido esposo,  
que se ha vuelto, no siendo religioso,  
católico-apostólico en un día.»

«Acompañarme quiere el may bendito,  
y es natural que yo su empeño alabe!»  
«¡venir á misa él, cuando no sabe  
de la misa la media, el pobrecito!»

«Como á su gusto tengo que ceñirme,  
no voy, y en mi lugar va la doncella;  
es de gran confianza: dile á ella  
todo lo que tenías que decirme.»

La doncellita es guspa: lo más cuerdo  
es hacerla pasar, ¡qué estoy dudando?  
De doncella á señora, voy ganando  
bastante más de lo que en clase pierdo.

Siéntate aquí, muchacha encantadora...  
¿Que tienes prisa por cumplir tu encargo?  
Se trata de un asunto que es más largo  
de lo que se figura tu señora.

«Llevas aquí un minuto, y quieres irte?...  
Sin llenar tu misión no has de marcharte.  
¡Apenas tengo cosas que contarte  
y apenas tengo cosas que decirte!»

«Que acabe en diez minutos?... ¡Cielo santo,  
cómo marcha el reloj! ¡Se ha vuelto loco!  
¡Horario diligente, aguarda un poco!  
¡Minuterero veloz, no corras tanto!»

JOSÉ JACKSON VEYAN.

## AL MONTÓN

Por la escalerilla  
llena de remiendos  
que al amplio escenario  
permite el acceso  
va subiendo, á costa  
de grandes esfuerzos,  
una pobre vieja  
de setenta inviernos,  
turbia la mirada,  
blancos los cabellos,  
trémulos los labios;  
vacilante el cuerpo  
dentro de un vestido  
destrozado y viejo.  
Sírvela de apoyo  
mientras va subiendo  
una hermosa niña  
con los ojos negros  
(de mirar tan dulce,  
tan humilde y tierno  
que de un alma hermosa  
son sin duda espejo)  
y cuando se queja  
la dice riendo:  
—Ánimo, abuelita,  
que ya falta menos.

Una vez arriba  
y al mirar aquello,  
los coros que ensayan  
gritando y corriendo,  
y los maquinistas,  
y los carpinteros,  
actores, comparsas,

bullicio y estruendo,  
la muchacha tiembla  
de vergüenza y miedo.  
—¿Qué buscan ustedes?  
les dice un portero.  
—Pues... al empresario;  
mire usted, yo vengo  
porque aquí me han dicho  
que se gana un sueldo  
cantando unas cosas  
que manda el maestro.  
Ambas somos solas,  
mis hijos se han muerto,  
y estamos tan pobres  
que ni pan tenemos.  
Con lo poco que ésta  
gansaba cosiendo  
vivíamos antes...  
Pero ya hace tiempo  
que el trabajo falta  
y no hay más remedio  
que cantar... Mi nieta  
tiene gran despejo  
y una voz más dulce  
que un ángel del cielo...  
Ella no se atreve,  
porque tiene miedo,  
pero con las otras  
ya lo irá perdiendo,  
porque todos dicen  
que es tan fácil eso...  
—¡Ah! vamos, ¿corista?  
Que espere un momento.

Minutos de angustia  
terribles, eternos  
pasó la muchacha  
de los ojos negros,  
con la incertidumbre  
retratada en ellos,  
en un rinconcito  
de la gente lejos,  
intranquila el alma,  
tembloroso el cuerpo,  
mientras el ensayo

proseguía, en medio  
de música, voces,  
carreras y estrépito...  
Llegó el empresario  
muy grave y muy serio,  
se fijó en la niña,  
la observó en silencio,  
y alegre se dijo  
para su coleteo:  
—¡Guapa chica!.. ¡Carne  
de palco proscenio!

SINESIO DELGADO.

## CONTRATO

He contado en tu cara cien lunares  
que aumentan tu belleza,  
como hacen más hermoso al azul cielo  
las brillantes estrellas.  
Al ver esos puntitos de tu cara,  
encantadora Elena,  
me atrevo á proponerte un gran negocio  
por si te tiene cuenta.  
El que te pida á todas horas besos  
¿dices que te molesta?  
Bueno, pues vamos á firmar contrato  
sobre las bases estas:  
Voy en cada uno de los cien lunares  
que tanto te hermosean  
á dejar un millón de ardientes besos;  
cada día me entregas  
al cincuenta por ciento, que no es mucho,  
los réditos que sean,  
y si un día el amor que nos abrasa  
á decrecer empieza,  
tienes el capital dispuesto siempre  
y saldamos la cuenta.  
Voy á entregarte el capital... ¡Demonio,  
cómo está mi cabeza!  
¡No recuerdo los besos que te he dado!  
¡Tú tampoco te acuerdas!  
Pues vamos á aplazarlo hasta otro día.  
¡Borrón y cuenta nueva!

.....

Ayer, pensando si era este contrato  
muy fuerte para ella,  
fuí á ver á esta muchacha á quien yo adoro  
y á ventilar la cuenta...  
¡y se estaba pintando más lunares  
la encantadora Elena!

J. RODAÑO.



El señor conde de Canga Argüelles, aludiendo á las reseñas del juicio-verbal de *La Bella Chiquita*, preguntó en el Congreso:

—Pero ¿es posible que esto se publique?

A lo cual se podía contestar con el poeta:

«Moral, no; posible, sí.»

Si vas á confesarte, Filomena,  
no le digas al cura  
lo de la noche aquella de la cena,  
que si se entera de que no eres pura,  
es seguro que el cura se condena.

FEDERICO CANALES.

Esta semana, como la anterior y como la que viene, si Dios no lo remedia, ha seguido bajando la renta de consumos.

La baja fluctúa entre dos mil y cuatro mil duros diarios.

Con este motivo la prensa continúa poniendo el grito en el cielo, sin

comprender que perjudica los intereses generales... Porque así vamos paulatinamente y sin notarlo á que no se recaude nada.

Y aquel día será el más feliz de nuestra vida.

Porque habíamos quedado en que el impuesto era oneroso y antipático...

Los obreros de Santiago se han echado á la calle gritando: ¡Viva don Eugenio!

Los periódicos ingleses, que no sabrán quién es ese D. Eugenio, ni habrán oído hablar de Montero Ríos, se quedarán *asperjes* al encontrarse con la noticia.

Y puede que se vuelvan locos pensando en la trascendencia del grito. Porque dirán acaso:

—Esó de D. Eugenio ¿tendrá algo que ver con Gibraltar?

Lo más difícil del mundo  
es regalar á una fea  
un espejo de su gusto.

Yo creo que en este mundo  
no existen penas más *hondas*  
como las penas de un buzo.

¡Dichosos los animales,  
que no saben hacer versos  
ni decir barbaridades!

EMILIO C. OLARAN.

### Libros:

«*Por la patria!*», *cartas del coronel Santiponce*, por D. Juan Lapoulide. La reconocida competencia del autor en los asuntos militares, el estilo ameno y brillante que caracteriza sus escritos y la importancia actual de las cuestiones tratadas en este libro, recomiendan la obra del ilustrado autor de «*Pobre España!*», que tanta y tan merecida resonancia ha alcanzado. Precio: 1,50 pesetas.

«*Esperármelos*», interesante folleto de propaganda de antropocultura, por D. Juan Bautista Amorós.

«*Cabeza de mujer*», boceto á pluma de nuestro amigo y colaborador don Andrés Pérez de la Greda. El autor llama modestamente boceto á una novela de cuerpo entero, de interés palpitante, de caracteres sobriamente pintados y con habilidad sostenidos, de profunda observación del natural y de estilo correcto y preciso. El Sr. Pérez de la Greda, á quien conocíamos como poeta, ha probado ser, además, un excelente novelista. Precio del libro: 2 pesetas.



## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Gri-j.*—Es una lástima que no haya usted estudiado en este curso; porque, de resultas, ha hecho unos versos que dejan mucho que desear, sobre todo por la mala colocación de los acentos.

*Rodajas.*—Muchísimas gracias.

*Cachitos.*—Son muy malitos, señor de *Cachitos*.

*M. N. O.*—El cuarto renglón no es verso, á no ser que se escriba así:  
Coonste que yo no miento,

y ni aun así...

¿*Qué tal?*—Muy mal.

*P. p.*—¡Qué pa-pa!

*Talvario.*—Lo menos que se necesita para hacer versos es tener oído para apreciar el ritmo, y usted no lo tiene, dicho sea sin ánimo de ofenderle.

*T. de la C.*—Despedirse de su amada llamándola *dulce adalia*, me parece una *crueidad*.

*R. X.*—Haga usted los versos detenidamente, porque improvisando es usted atroz.

*N. A. T. J.*—Si esas décimas tuvieran buena prosodia y buena ortografía... todavía serían malas décimas.

*El de antaño.*—Lo hace muy mal ogaño.

*J. R.*—El soneto deja mucho que desear, y en cuanto al porvenir... no me atrevo á pronosticar nada.

*J. G. y T.*—No haga usted lo que Perico; no escriba usted más versos.

*Platón.*—Tiene usted una *espontaneidad* perniciosa.

*Perfile.*—Dice usted:

Le pregunto á mis adentros,

y sus adentros de usted le responderán:

Pero preguntános con sintáxis.

ANUNCIOS



—¡Calor por dentro y por fuera!  
¿Quién de este infierno me saca?  
—La americana de alpaca  
que le compres á *Pesquera*.  
*Magdalena, 20.*



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANZANARES



—¿En camisa?  
—Sí, señor,  
es camisa superior  
y así salgo á pasear,  
que otro traje no he de hallar  
más cómodo ni mejor.  
*Martínez.—San Sebastián, 2.*



Señores: Quemá el ambiente  
agostando la floresta,  
y el que no duerme la siesta  
revienta indudablemente  
de calor. Por consiguiente,  
es el momento oportuno  
de que no os quedéis ninguno  
sin una cama del *Bazar de la plaza de la Cebada, número uno.*



¡Oh, mosaicos hidráulicos preciosos  
para los pavimentos,  
baldosas especiales para patios,  
floreas para techos,  
objetos de mayólica y cerámica!  
¡Oh, portland! ¡Oh, azulejos!  
¿Cómo podríais comprender vosotros  
lo mucho que os admiro y os venero?  
*Escofet Fortuny y Compañía.—Alcalá, 18 (Equitativa).*



Liególe el cabello á dar  
á Sansón tal fortaleza  
por lavarse la cabeza  
con la *Quina Palomar*.  
*Droguería y Perfumería.  
Fuencarral, 24.*



¿Cuándo venga al mundo un ser  
de endeble constitución,  
echadle en el biberón  
*Cognac fino de Moguer*.  
*Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.  
Depósito de vinos, Arenal, 2.*



—Mi dulce dueño tiene  
perfume singular.  
—¡Porque usa á todas horas  
*Colonia Palomar!*  
*Fuencarral, 24.  
Perfumería y Droguería.*



Si te duelen las muelas,  
*Mariquita*, no llores,  
puesto que *Tirso Pérez*  
las saca sin dolores.  
*Mayor, 73.*



Después del paseo  
no hay cosa más grata  
que unos pastelillos  
de *La Flor y Nata*.  
*Plaza de Celenque, 1.*



¿Luz eléctrica quieres?  
Pues haz los tratos  
y en seguida te ponen  
los aparatos.  
*Manuel Florentín.  
Ballesta, 20.*



Tanto como los versos  
de don *Eusebio Blasco*  
me gustan los sombreros  
de *García Carrasco*.  
*Carretas, 26.*

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
**COMPAÑÍA COLONIAL**  
TAPIOCA, TÉS  
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES  
DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

MADRID CÓMICO  
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO  
PRECIOS DE SUSCRICIÓN  
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;  
año, 8.  
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.  
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.  
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el  
extranjero por menos de un año.  
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil  
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.  
PRECIOS DE VENTA  
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.  
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.  
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera derecha.  
Teléfono núm. 2.160.  
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO